

Con los capítulos 19 al 21 finalizamos el cuerpo del evangelio de Juan. Este mes reflexionaremos sobre la muerte, resurrección y mensajes del resucitado de acuerdo al discípulo amado.

Nos quedará pendiente para el mes próximo el prólogo del evangelio de Juan (Jn 1, 1-18), quizás la revelación más clara, amplia y contundente de Jesús el Verbo, Jesús la Luz, Jesús la Palabra, Jesús la Verdad.

Primera Semana. El juicio a Jesús y crucifixión (Jn 19, 1-24)

Notas de referencia para el catequista. Los padecimientos de Jesús han tomado una forma histórica concreta por el hecho de haber sido reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas - de su raza - (Mc 8, 31) que lo entregaron a los gentiles – los romanos, diferentes a su raza), para burlarse de El, azotarle y crucificarle (CIC #572)

Pilato fue quien le dio validez legal a la muerte de Jesús (porque el Sanedrín no tenía la potestad de condenar a muerte); sin embargo, quien condena a Jesús, quien sacrifica a Jesús es su propio pueblo, el cual conduce “el trágico desprecio del Sanedrín al estimar que Jesús merecía la muerte como blasfemo” (CIC # 591)

Pautas de reflexión. Quizás la humillación más grande de Jesús hombre fue la condena a muerte por su propio pueblo, por los judíos. En la cotidianidad también podemos recibir las condenas y críticas más severas de aquellos a quien consideramos de nuestro entorno, de nuestra familia. ¿Cómo reaccionamos al sentirnos traicionados por nuestros allegados? ¿Cómo reaccionó Jesús ante su condena? ¿Qué lección o ejemplo podemos tomar de Jesús al respecto?

Reflexiona las veces en que te ha correspondido ser juez en tu hogar, en tu trabajo, en la

comunidad, con tus relacionados ¿Han sido tus ‘sentencias’ como las de Pilato? Comparte tus vivencias con tus hermanos de comunidad

Segunda Semana. Ultimas palabras y muerte de Jesús (Jn 14, 25-42).

Notas de referencia para el catequista. Todas las palabras de Jesús en la cruz están cargadas de simbolismo. En “Tengo Sed” (Jn 19, 28) Jesús tiene sed de beber el cáliz de la muerte, para que todo llegue a cumplirse, para que todo llegue a su fin. La sed nos recuerda a la sed de la samaritana. No solo el hombre tiene sed de Dios sino que Dios muestra en Jesús su sed del hombre, a quien le demuestra su amor.

Con las palabras “Todo está cumplido” (Jn 19, 30), Jesús expresa que ha cumplido su obra, que su amor ahora ha llegado a su plenitud. La frase “Inclinando la cabeza entregó el espíritu” (Jn 19, 30), Jesús se inclina en su muerte para amar a los hombres y entregarles su espíritu. Es una fuerza que sitúa de nuevo al hombre en su relación con Dios y sana su alma.

Juan interpreta con las últimas escenas el misterio de la muerte en cruz de Jesús. Los soldados miran si los crucificados ya están muertos. Uno clava la lanza en el costado de Jesús, esto nos recuerda la roca del desierto donde Moisés hincó su bastón y al instante brotó una fuente de agua fresca. Del costado de Jesús brotaron sangre y agua, la sangre es el amor de Jesús que brota de su interior, la sangre que colma nuestra vida del amor divino y del que podemos beber el verdadero vino de la salvación. El agua es el símbolo del Espíritu Santo que brota de Jesús como del verdadero templo del que mana la fuente del Espíritu Santo, de la que se nos permite beber para saciar nuestra sed más profunda de una vida en la paz. Aquí está el pozo de la vida eterna, tal como lo había visto la samaritana. Es el Espíritu Santo el que remueve en nosotros sentimientos de compasión y misericordia y nos capacita para la

oración.

El corazón traspasado se vuelve también un símbolo del verdadero hombre, sólo el hombre que abre su corazón a Dios realiza la imagen que Dios había pensado de él. Dios se revela en el corazón humano, en el amor humano. Juan interpreta este acontecimiento misterioso con dos frases de la escritura: “NO LE QUEBRARAN NI UN SOLO HUESO” (Jn 19, 36 = Ex 12, 46). Jesús, según el antiguo testamento, fue visto como el cordero pascual. Quien come de este cordero pascual pasa al mundo de Dios.

En la otra cita de la escritura “MIRARAN AL QUE ATRAVESARON” (Jn 19, 37), aparece el típico anhelo griego de la transformación por medio de la contemplación. Quien contempla a Jesús, quien se detiene en su mirada (contemplar) se transforma. El amor invisible de Dios crea una imagen en el Jesús clavado y crucificado, para que sea contemplado, meditado, interiorizado.

Pautas de reflexión. Proponemos que en cada comunidad se exponga este día una cruz con Jesús crucificado, se lean las “notas de referencia para el catequista” de la semana, y que en contemplación y meditación se haga el rezo de los misterios dolorosos del santo rosario, permitiendo un breve espacio de alabanza, perdón o petición luego del enunciado de cada misterio.

Tercera Semana: La resurrección de Jesús (Jn 20, 1-30)

Notas de referencia para el catequista. Igual que interpreta la muerte de Jesús según su estilo personal, Juan hace lo mismo con su resurrección. Las escenas que describe en el capítulo 20, no las encontramos prácticamente en ningún otro evangelio.

En la resurrección de Jesús se cumple la historia de amor entre Dios y el hombre. Esto es lo que interpreta Juan en el encuentro entre Jesús y María Magdalena. En primer lugar, la

preocupación de la Magdalena en busca del cuerpo de su Señor se ha comparado con la novia del cantar de los cantares cuando anda buscando a su **amor** (Cant 3, 2). María Magdalena se pone en movimiento hacia la tumba, no tanto para ungir al cadáver como para estar junto a él. Ella busca al que ama a su alma. Pero ella no habla de cadáver, sino que en 3 ocasiones dice que se han llevado a “su Señor”. Quien como María Magdalena no cesa en su amor sino que se echa a correr para buscar a Jesús, ese lo encuentra.

En segundo orden, la **conversión**. Dos veces dice el texto que María se volvió (a ver a alguien). Cuando se volvió la primera vez, vio a Jesús; la segunda vez Jesús la llama por su nombre y suscita en ella una conversión total, ella le responde “Rabboni” que quiere decir maestro; es la expresión de lo que significa Jesús para ella. Ella experimenta el amor de Jesús que no ha sido destruido por la muerte.

Jesús dice luego a la Magdalena “déjame, que todavía no he subido a mi padre” (Jn 20, 17). No se puede disponer del resucitado, no le podemos retener. La ascensión de Jesús al cielo es la verdadera razón de ser de la verdadera comunión con El. Significa también que nos tenemos que dejar conducir por El hasta el Padre.

Para San Juan, en la resurrección llegamos a una nueva relación con Jesús, es reconocer que Jesús es mi maestro, el que me conduce a la vida y se dirige a mí con amor, significa que el amor de Jesús ha pasado por encima de la muerte.

La resurrección constituye la plenitud de nuestra fe y esto se pone de manifiesto en el encuentro del resucitado con Tomás. Tomás no estaba presente el día de pascua por la tarde, cuando Jesús se le apareció a sus discípulos y les comunicó su Espíritu. Tomás representa a todos los que hemos oído hablar de Jesús, pero no lo hemos visto y no le hemos tocado. Los que hemos dudado. Tomás toca las llagas de Jesús, esas llagas que demostrarán que el

crucificado es el resucitado, le coloca el dedo en la llaga de sus manos, y la mano en la herida del costado. Tomás, aplastado por la presencia que se le imponía exclama el más amoroso y claro reconocimiento que un cristiano pueda hacer a Jesús “¡Señor mío y Dios mío!”. Más que el resultado de una verificación, es el grito de la fe. Sólo la fe nos hace partícipes de la realidad divina.

Quien reconoce en Jesús a su Señor y a su Dios ha resucitado a la verdadera vida. Las heridas son el lugar donde ocurre el milagro de la fe. Las heridas de Jesús son una promesa de que nuestras propias heridas serán transformadas.

Pautas de reflexión. Durante la parte de testimonios de comunidad, ¿nos parecemos a Tomás en el sentido que tenemos casi que ver a Jesús en cuerpo y alma para identificarlo como un testimonio de fe? Reflexionemos, enunciemos y comentemos sobre las pequeñas cosas, los pequeños detalles que nos han sucedido esta semana que nos evidencian la existencia de Dios, de Jesús, del Espíritu Santo, por las cuales debemos repetir una y mil veces ¡Señor mío y Dios mío!

Los catequistas deben procurar que todos los hermanos de comunidad participen en esta reflexión.

Cuarta Semana: La experiencia de la resurrección en nuestra vida diaria (Jn 21, 1-24)

Notas de referencia para el catequista. Jesús se revela tras la resurrección una tercera vez. La tercera vez es un símbolo, es la plenitud del amor (María Magdalena) y de la fe (Tomás) y es también la transformación de nuestra vida diaria. Esto se expresa en la escena de la mañana en que los discípulos salieron a pescar, su tarea diaria, para procurarse el sustento.

Habían estado pescando durante la noche, pero las cosas no han salido como las habían

pensado, todo había sido en vano, están desmoralizados. Los que habían salido a pescar eran 7 discípulos que son una imagen de la comunidad cristiana. En esa noche de trabajo, Jesús aparece en la otra orilla. El resucitado aparece en nuestra vida diaria desde el otro lado, desde el mundo de Dios. Y cuando viene El, la mañana gris se transforma. Jesús les muestra que pueden tener éxito y les invita a arrojar la red de nuevo.

Deben hacer lo que normalmente hacen, pero deben hacerlo en base a la indicación del maestro. Deben oír las palabras de Jesús y dejar que penetren en sus acciones cotidianas, entonces fructificarán. Los discípulos encuentran 153 grandes peces, que simbolizan las naciones que se creían existían en el mundo.

Tan pronto como se llena la red, el discípulo a quien Jesús amaba reconoce que es el resucitado el que está en la orilla (Jn 21, 7). El amor es el que reconoce el resucitado en los hechos cotidianos, en el medio del trabajo, en el campo, el está en la búsqueda de nuestro sustento y en medio de nuestra vida diaria.

Tras la fructífera pesca, Juan nos presenta la escena del almuerzo preparado en las brasas de carbón. Ninguno se atrevía preguntar a Jesús quien era “pues sabían que era el Señor” (Jn 21, 12). Está misma situación es la de la Eucaristía, los cristianos saben que el Señor está en medio de ellos, no lo preguntan.

Igual que en la Eucaristía, Jesús se aproximó, tomó el pan y se lo dio a sus discípulos, y con el pan Jesús no reparte vino, sino pescado. El pescado es para los antiguos un alimento de inmortalidad. Nosotros experimentamos la resurrección en la Eucarística, en ella Jesús reparte el alimento de la inmortalidad.

La conclusión del evangelio de San Juan nos presenta la triple pregunta de Jesús a Pedro

(¿Me amas?). Jesús con su pregunta desata lo más íntimo de Pedro y lo saca fuera, y al mismo tiempo al igual que a Pedro nos confronta a nosotros con nuestra traición. Igual que a Pedro, a menudo se nos llena demasiado la boca. Le prometemos a Jesús de todo y le traicionamos a la mínima. Muchas veces pasamos de largo delante de Jesús y negamos nuestra relación con Él por miedo al qué dirán de los demás. Nosotros experimentamos continuamente lo frágil de nuestro amor, con qué rapidez lo traicionamos.

Al final del evangelio, Juan quiere ponernos en el lugar de Pedro, ante la pregunta que le formula Jesús, para ver en qué medida nuestro amor por Él es auténtico y quiere recordarnos que nuestro amor debe ser diáfano y sin más intenciones.

Para quien, como Pedro, puede decir que ama a Jesús, debe estar dispuesto a seguir de modo personal a Jesús. Se deja llevar por el camino que el mismo le ha dispuesto; en ese camino experimentaremos también la cruz. Al igual que Pedro, es también nuestro fin glorificar a Dios en nuestra vida y en nuestra muerte.

Pedro quiere saber cómo sería el futuro del discípulo que amaba a Jesús, pero Él le responde: “¿Y a ti que te importa?, tú sígueme” (Jn 21, 22). Pedro es el activista que quiere anunciar el mensaje de Jesús de modo dinámico. El discípulo amado transforma al mundo, no por sus obras, sino por su ser, permaneciendo abierto a Cristo, yéndose a morar con Él en cada instante.

El capítulo 21 tiene un final singular (Jn 21, 25). No necesitamos leer todo lo que se ha escrito sobre Jesús, es suficiente meditar una y otra vez sobre las palabras que el discípulo amado nos ha transmitido en el evangelio de Juan. En este evangelio quiere abrir nuestros ojos a la esencia de las cosas. No hace falta saber demasiado, sino mirar más allá.

“Estas cosas han sido escritas para que crean que Jesús es el Mesías, el hijo de Dios y para que creyendo tengan vida en Él” (Jn 20, 31). Este es el resumen del mensaje: creer para vivir, vivir en relación con Dios, renovados y transformados.

Pautas de reflexión. En el pasaje de la pesca milagrosa (Jn 21, 1-11) los discípulos reconocen a Jesús por el amor (Es el discípulo amado quien lo reconoce). Lo que viene de Dios, de Jesús-hijo trae paz y amor. Reflexionemos sobre situaciones que en este momento estén sucediendo en nuestra vida cotidiana, ¿nos traen paz y amor? ¿Podemos decir que en estos episodios que nos suceden está Jesús en medio de ellos? Si te sientes cómodo en hacerlo, comparte tus reflexiones en comunidad.

Imaginemos por un instante que la conversación de Jesús con Pedro en Jn 21, 15-17 sucediera entre Jesús y nosotros. Muy posiblemente nuestra respuesta a Jesús sería la misma de Pedro “Si, Señor, tu sabes que te quiero”. Meditemos en silencio sobre ¿Cuál sería la respuesta de Jesús ante cada una de nuestras afirmaciones? ¿Por qué sientes que esa sería la respuesta de Jesús? Comparte tu reflexión con tus hermanos de comunidad y establece un compromiso de vivir tu vida teniendo como bandera ese mensaje que Jesús te ha dado en el silencio de tu meditación.